

El 38, el 14, el 99,... ¡bingo!

Treinta y ocho veces reconoció el Sr. Ministro de Hacienda el error de endosar a la Infanta Cristina, indebidamente, unas operaciones inmobiliarias que se le habían adjudicado, mediante fedatarios públicos. Al parecer, eso del número del carné de identidad... ¡no es sinónimo de identidad individual!, pues han aparecido, al menos, otras tres personas con ese afortunado número 14 en su DNI. Un televisivo contertulio quiso aclarar que esos números se otorgaban, en otros tiempos, sin grandes medios técnicos, y que ahora, con la letra, ya es otra cosa... ¡ni puñetera idea de que se trata de un dígito de control –que no es de azarosa adjudicación- y que, por tanto, se asigna una única letra por cada número! Eso sí, el Sr. Ministro necesitó cinco días para reconocer el error sin explicar dónde radicaba... de “administrativo” lo calificó en algún momento –sin ser consciente de lo que legalmente pueden acarrear ese tipo de afirmaciones; o tal vez sí, consciente de la alteza magnanimidad (¡me gustan estas dos palabras juntas!) de la erróneamente imputada que renunciará a cualquier tipo de acción por daños a su honor.

También en la Universidad se cometen “errores” sólo atribuibles al ansia de “hacerlo bien”: este celo porque la ciudadanía duerma tranquila no es exclusivo de la Hacienda pública. En fechas recientes, un conspicuo representante de nuestra Comunidad universitaria era elegido con 15 de los 16 votos emitidos sobre un total de 17 posibles electores. La noticia fue que “D. Fulano de Bastos (en esta historia real –ahora por cierta, no por monárquica como la anterior- se han cambiado los nombres para evitar...) había sido elegido con un 99% de los votos”. Y uno, que tiene deformación profesional, rápidamente disparó las alarmas de la crítica: no hay manera de conjugar proporcionalmente los números 15, 16 y 17 para que nos den ese 99: baste considerar que los tres son menores de 100. En este caso, como en el del Sr. Ministro, lo importante no es que la gente sepa, si no que el puto pueblo ande tranquilo... o mejor, tranquilizado. A nuestros gobernantes no les basta darnos la información objetiva; para ellos es imprescindible que nuestras caras muestren la satisfacción de haber sido penetrados por su discurso hasta lo más profundo de nuestro ser, haciendo de nosotros, finalmente, seres que se confiesan encantados de ser sus súbditos, seguros de que pensamos lo que nos dicen.

Fecha: 25/06/13

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL